

1. El fracaso existencial de Larsen en *El Astillero*

Vuelve Larsen a Santa María años después de aquella soberbia que le supuso el remoquete de Juntacadáveres, pero es un Larsen reposado y autista, con una misantropía que conserva algún rastro de su antigua fama de matón y casanova. Nadie le habla, apenas le miran y a partir de aquí comienza la destrucción lenta y agónica de sus recursos existenciales.

Larsen y Santa María abren una novela que narra la decadencia del antiguo vividor, que podía mantener el orgullo desviado de vivir de las mujeres, a las que siempre había tratado con una forma de respeto y zalamería que le producía réditos momentáneos.

Santa María es el marco de varias de las novelas de Onetti, influenciado por Faulkner y su Yoknapatawpha, terreno de ficción que se adelanta al Macondo de García Márquez, y que acabará devastada por un incendio en otra de sus novelas, como acaba la existencia del protagonista de *El astillero* devastada por la pulmonía.

Larsen parece meditar un plan bien trazado que le asegure el porvenir, pero al atracar la barca en Puerto Astillero, algo le impele a bajarse allí, “*tras una señora gorda, una canasta y una niña dormida*”, como podría haberse bajado en cualquier otra parte. Y se le escucha decir que el puerto es un “*poblacho verdaderamente inmundo*”.

Se instala en “*lo de Belgrano*” y, tras la aparición por allí de Angélica Inés, se propone la conquista de la heredera idiota. Pero empezarán sus frustraciones y su degeneración. El primer tropiezo, cuando se le niega Josefina, la sirvienta, marca un rosario de fracasos que harán ciertos esos presagios que atormentan a Larsen, y que le llevarán a la más completa decadencia.

Las reiteradas veces que se le prohíbe la entrada en la casa de los pilares, paraíso prometido en la imaginación de Larsen, y del que sólo alcanzará a conocer el cuarto de la criada, cuando ésta se le entrega al final en una ceremonia de desesperanza y amargura.

En la imaginación del protagonista, la entrada en la casona sería un triunfo que le abriría las puertas que hasta ahora se habían mantenido pertinazmente cerradas. Pero es en la Glorieta, el limbo en el que se estrellan todos sus asedios, donde tiene que vencer la estulta resistencia de la hija de Petrus, entre risitas sin sustancia.

Y empieza la ópera bufa de su de trabajo en el Astillero con la aceptación de la ilusoria gerencia que le ofrece Petrus. Todo en aquel escenario parece de cartón piedra, los compañeros Kunz y Gálvez, que le acogen con indiferencia, si no con claro desprecio, y la negociación de un sueldo que sabe que jamás cobrará. Allí se dejará arrastrar por las ensoñaciones de Petrus hasta hacerlas suyas al final de su hundimiento.

Su cubículo entre legajos inútiles y unos muebles con “*calidad de leña*” acogerá las reflexiones de Larsen, cada vez más desesperanzadas y amargas, allí se escenificará un juego de apariencias que a la postre será lo único importante, lo único real: la vida es el juego, y él terminará perdiendo.

La situación se va haciendo insostenible. Con la excusa de una consulta laboral, se deja caer por la casilla de Gálvez, donde conoce a su mujer y donde se refugiará a partir de entonces en unas cenas tristes, compartidas con quienes no parecen aceptarle más que con resignación. En realidad, lo que va buscando es algo de roce humano, aun teñido de desprecio. Esa búsqueda inútil que le lleva a declarar que podría pegarse un tiro, pero hasta en ese expresado deseo de suicidio hay una falta de entusiasmo.

Larsen se siente aplastado por el hambre y la desgracia, un hambre de corte existencial que “*no era ganas de comer sino la tristeza de estar solo y hambriento*”, y echa de menos los detalles más triviales. Tiene que vender la única posesión que le queda: un broche que le regaló una mujer “*no ubicable*”.

Nada lo saca de su marasmo —ni siquiera cuando logra besar a Angélica—, pues se siente empobrecido, incapaz de jactancia, incrédulo. Desde hacía ya años, abrirse paso en una mujer no era más que un rito, una tarea, pero siempre, aún en los casos más tristes, había extraído algo de plenitud y un desvaído orgullo, quizá algo de avergonzado cinismo, nos dice; ahora ya no queda sitio para el orgullo o la vergüenza, está vacío. Nos enumera lo que no le importa: fumar, comer, abrigarse, el respeto ajeno, el futuro, es decir, que no le preocupa nada de lo que le importa al común de los mortales. Se siente desligado del mundo y sólo le queda por hacer eso: **cualquier cosa**, una cosa detrás de otra, sin interés, sin sentido.

Los gestos que le devuelven por momentos a su vida anterior, como acariciar el revólver o tenerlo a mano al hablar con Kunz, son gratuitos y suenan a falsedad impostada hacia sí mismo, como si intentara darse unos ánimos en los que no cree.

El autor nos remarca la idea de que todo se desarrolla en un decorado, cuando dice que la casilla formaba parte del juego, que se había construido sólo “*para albergar escenas que no podían ser representadas en el astillero*”. Y lo recalca con ese momento

en el que Larsen siente el “*espanto de la lucidez*” y ve que “*fuera de la farsa no había más que invierno, la vejez y el no tener dónde ir*”, y se acoge a ella como a un salvavidas.

La sensación del doble mundo, el mundo perdido para Larsen, en oposición al presente, se nos trasmite en cada regreso del protagonista a Santa María. Él es allí un fantasma, la gente no sabe con certeza si lo ha visto, siempre entre brumas y dudas.

Su visita al Dr. Díaz Grey —alter ego de Onetti en varias de sus novelas—, nos desvela algo del pasado de los protagonistas principales: Larsen y la familia Petrus. Hay cierta simpatía hacia el gerente en ese médico provinciano, “*solterón y solitario, acostumbrado a la vergüenza de ser feliz*”. Éste le cuenta una realidad a Larsen que en el fondo ya conoce, pero que desecha para vivir el juego o la farsa que lo sostiene. Tal vez lo visite para confesarse con alguien que lo escucha. Miente Larsen al doctor, mentiras de niño vanidoso, aun sabiendo que no va a ser creído. Busca un apoyo en un mundo al que ya no pertenece.

El doctor le habla de la larga lista de gerentes que habían pasado por el astillero antes que él y que “*no volvían de un lugar determinado, volvían de haber estado en ninguna parte, en una soledad absoluta [...] Nunca del todo lúcidos, nunca verdaderamente liberados, de un particular infierno creado con ignorancia por el viejo Petrus*”.

Su visita a Petrus en el hotel, para delatar a Gálvez y su posesión del título falso, marca un punto de inflexión. Larsen llega a admirar en Petrus su forma de jugar, con menos desesperación que él; al viejo lo que le importa es jugar y no lo que pueda ganar: creería hasta la muerte, violento y jubiloso, en el juego. Larsen lo saluda como a un hermano mayor o a un padre. Y cuando es consciente de que quiere que mate a Gálvez, a su mujer o a quien haga falta para que el juego continúe, habla de escupirle, pero le besa la frente. Es el punto de no retorno para un derrotado *Juntacadáveres*.

El paso por el bar donde paraba en su vida anterior remarca la idea de los dos mundos. La descripción de la prostituta que nunca ha podido ver su verdadero rostro en el espejo es descorazonadora y realza la atmósfera de absoluta degradación a la que ha llegado el protagonista.

Ya sólo le queda aferrarse a la violencia, a esa culminación de un hecho nefasto pero necesario, “*que hay que hacer*”. Pero hasta esa violencia que supondría, en cierto sentido, sentirse vivo, es incapaz de llevarla a cabo, ya no lo salva ni la venganza. Asténico y derrotado ha culminado su descenso a los infiernos, la farsa se ha

independizado de él, de su voluntad, ya no puede parar el juego cuando lo desee, es un monigote más en el teatro del astillero, en el teatro de la vida.

Y se inicia el último viaje de Larsen a la “ciudad maldita”. La conversación con un Petrus ya detenido tras la denuncia de Gálvez, hablando de cosas insustanciales, es de un surrealismo absoluto, lo importante no es matar a Gálvez, lo importante es mantener el astillero funcionando: que no pare la función, si llegara a parar un momento todo se les vendría abajo.

Ya sólo lo separa de la muerte ese episodio sórdido con Josefina, a la que ve como a una igual, en la única vez que traspasó las puertas de su paraíso, para quedarse en las habitaciones del servicio.

Poco después, Larsen, tras ver a la mujer de Gálvez dando a luz sola en la mugrienta casa, corre despavorido y sueña la imposible huida de ese mundo de desolación. Pero la realidad es que Larsen, la sombra que ningún habitante de Santa María podía asegurar haber visto, muere de pulmonía pocos días después. Larsen, fantasma que sólo con la muerte puede recuperar su nombre completo, cuando lo asientan en el registro de defunciones del hospital de El Rosario.